

EL COCODRILO de Jorge Luis Roldán Uribe

El calor caía a plomo sobre el salón de clases y a pesar de que todas las ventanas estaban abiertas, los alumnos, la maestra y hasta el reloj del salón habían caído en el efecto que produce el sopor que trae consigo los días de julio.

Las nubes grises se empezaban a amontonar del lado del cerro del Tecolote, ahí por donde surca el camino que lleva al corazón de la selva. Eran nubes muy cargadas, de esas que van cargando las primeras lluvias del temporal y que en cosa de minutos pueden apagar hasta la sed más vieja.

La clase finalmente concluyó con el recordatorio de la maestra, -no olviden que mañana es la exposición sobre los cocodrilos, niños.

Néstor, Josué, Luann y Luis, los cuatro amigos inseparables guardaron sus cosas y salieron juntos del salón con rumbo a sus casas. Los cuatro vivían en la misma calle, la que está pasando el puente de piedra y va a dar al río. Eran amigos de toda la vida y sus padres también lo eran. A veces los niños iban a casa de Josué, para ayudarlo a su papá a cortar tamarindos, o a casa de Luann, para cortar las sandias sembradas por su mamá en la parcela detrás de su casa.

Ésta vez la consigna sobre el trabajo de los cocodrilos los había separado, pues era una tarea individual. Esto no era del todo malo, porque cada trabajo en equipo que habían hecho se volvía una faena. A Luann le encantaba ir a la biblioteca del pueblo y pedir prestados todos los libros que le cupieran en su mochila, sin importar su tamaño o su peso. Una vez los otros tres le hicieron burla, porque esos libros gordos y de pasta dura resultaban excelentes para quebrar nueces. Néstor, por el contrario, parecía alérgico a los libros, a él le bastaban las historias que su abuelo, Don Silvino, le contaba, y aunque el señor era uno de los fundadores del pueblo, la gran mayoría de historias que contaba tenían fama de ser inventadas.

Luann y Néstor se despidieron pues a mitad de la calle estaban sus casas, después Josué se despidió de Luis, no sin antes decirle que lo acompañara a la presidencia municipal, pues decía que ahí tenían un cocodrilo que hace dos días había capturado. El río lo había arrastrado monte abajo, y lo había encontrado metido en la casa de Doña Mari, la hierbera, quien tenía fama de ser bruja y que gracias a esos rumores, la gente empezó a decir que el cocodrilo no era más que su marido, Don Memo, transformado en bestia. La verdadera historia es que Don Memo, justo hace dos días se había ido del pueblo muy temprano en un bus que lo llevaría a la capital y de ahí, agarraría camino para el norte, en busca de trabajo. Luis declinó la invitación, se despidió de Josué quién corrió a su casa para pedir permiso de ir a la presidencia, no fuera a ser que liberaran al animal pronto.

Luis anunció su llegada a casa con un potente grito a su mamá que se encontraba como es costumbre en la cocina, preparando un pescado que el papá de Luis había pescado hace un rato en el río. Apenas Luis estaba dejando sus cosas en su cuarto, cuando se soltó la lluvia que en cosa de minutos de volvió tormenta. La gruesa cortina de agua impedía ver más allá de un metro de la ventana. Todo hubiera seguido en calma de no ser porque el papá de Luis se despertó de un

sobresalto por el sonido de la tormenta, había olvidado amarrar la pequeña lancha al viejo muelle del río. Esa embarcación era el sustento de la familia y el río crecido por la lluvia de seguro se la llevaría hasta sólo Dios sabe dónde.

Luis salió corriendo de la casa sin pensarlo, él a diferencia de su papá, traía los zapatos puestos y sabía que esos segundos de ventaja, podrían ser la diferencia. Corrió a todo lo que daban sus pies, terminó el camino de cemento de la calle y empezó la bajada al río, que se había vuelto una auténtica trampa de lodo. Luis llegó al viejo muelle donde pudo ver que la lancha se estaba alejando poco a poco por la subida de la corriente. Se metió al río, el agua le llegaba casi a los hombros cuando pudo tomar una cuerda que estaba en la proa y que gracias a ella pudo sujetar la lancha a unos de los troncos del viejo muelle.

Luis apenas estaba terminando el nudo ciego, cuando una gran ola que traía consigo ramas de árboles y lodo lo golpeó y arrastró consigo río abajo. Luis trató de mantenerse a flote, sabía que debía nadar a una orilla antes de que el río se volviera más profundo y la corriente cobrara más fuerza. Pasaron cinco minutos cuando por fin se pudo sujetar de una gran piedra y apoyado en ella pudo llegar a la orilla del otro lado. Ahí lo vio, un cocodrilo, víctima también de la repentina fuerza del río. Era enorme, más largo que la camioneta de Don Arturo, que vendía naranjas todos los días en la carretera, una hilera de dientes largos y puntiagudos se asomaban por su largo hocico, la mitad de su cuerpo era pura cola, y lo peor, aunque sus ojos eran pequeños, estaban ya clavados en el niño que tenía de frente. La lluvia continuaba tupida, Luis con las fuerzas que le quedaban se echó a correr, seguido del cocodrilo, que a pesar de sus pequeñas patas, también era rápido en terreno firme; de pronto una rama hizo tropezar a Luis, quién con mucho trabajo por el lodo, trató de incorporarse, pero fue inútil, sus brazos no oigan los gritos ahogados de su cabeza, Luis estaba a merced de la fiera, cuando de pronto, el papá de Luis salió de entre los árboles y con una rama, atoró la quijada del cocodrilo, Luis tomó la mano de su papá quien de un jalón lo levantó, se lo echó a la espalda como costal de azúcar y comenzó la huida. Desde lo alto, Luis pudo ver como el cocodrilo partió en dos tajos la gruesa rama que le habían puesto en hocico.

La lluvia había cesado, solo se escuchaban las gruesas gotas que caían por el paso del aire en los charcos bajo las tejas. Luis le contaba a su mamá lo ocurrido mientras se comía un bolillo que ella le había dado. Ella mientras escuchaba el relato, aun se debatía entre la angustia por el peligro que corrió su hijo, y el enojo hacia su señor por despistado.

Luis no sólo había vivido una gran aventura, sino que también ya había hecho su tarea.

FIN